

El libro de Joel y la Iglesia Adventista del Séptimo Día laodicense - Número cuarenta y uno

Jeff Pippenger
2026-02-05

Número cuarenta y uno

Levítico 23 presenta las fiestas de primavera y de otoño, y la representación de las fiestas es divinamente profunda en la estructura y en la perfecta alineación de las estructuras inicial y final, dentro de la estructura general. Las fiestas de primavera y las de otoño se alinean entre sí. El capítulo da testimonio una y otra vez de Palmoni, el maravilloso numerador. El capítulo guarda una conexión sólida y maravillosa con el mensaje de los postreros días de los ciento cuarenta y cuatro mil.

El número "23" representa la expiación, que es la combinación de la Divinidad y la humanidad. El nombre Levítico representa el sacerdocio de los ciento cuarenta y cuatro mil, pues todos los profetas hablan de los postreros días, y los sacerdotes de los postreros días son aquellos a quienes Pedro identifica como un sacerdocio santo. El sacerdocio santo de Pedro está constituido por los sabios que comprenden el aumento del conocimiento que produce el mensaje del Clamor de Medianoche. Los necios, o impíos como Daniel los identifica, rechazan el aumento del conocimiento, y Oseas nos informa que por esta razón son rechazados como sacerdotes.

Mi pueblo perece por falta de conocimiento; por cuanto tú has rechazado el conocimiento, yo también te rechazaré, para que no seas sacerdote para mí; puesto que has olvidado la ley de tu Dios, yo también me olvidaré de tus hijos. Conforme se multiplicaron, así pecaron contra mí; por eso cambiaré su gloria en vergüenza. Oseas 4:6, 7.

Los ebrios de Efraín, a quienes Isaías también llama la «corona de gloria», ven su gloria convertida en «vergüenza». Oseas identifica específicamente que aquellos que rechazan el aumento del conocimiento de los postreros días son la Iglesia Adventista del Séptimo Día laodicense, pues dejó escrito: «Mi pueblo». Su pueblo será desechado del sacerdocio, y ello acontece en la cuarta y última generación, porque Él ha de olvidar a sus hijos, y los hijos representan la última generación.

Aunamiento

El título de "Levítico 23" significa "la expiación del sacerdocio de los ciento cuarenta y cuatro mil". Esta verdad puede deducirse simplemente del nombre del libro en conexión con el número del capítulo. La expiación, que Levítico 23 aborda, significa "at-one-ment" e identifica la combinación de la Divinidad y la humanidad. Esa combinación está representada por una multitud de símbolos en la Palabra de Dios, uno de los cuales es que el templo humano ha de unirse con el templo divino.

El templo humano posee una estructura de "23" cromosomas masculinos y "23" femeninos. Pedro identifica el sacerdocio de los ciento cuarenta y cuatro mil como una "casa espiritual". Esos cromosomas se unen como lo hacen un hombre y una mujer, y lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. El matrimonio es otro símbolo de la expiación. Levítico "23" significa la combinación del templo del Sumo Sacerdote celestial con el templo de los sacerdotes que son los ciento cuarenta y cuatro mil.

Veintidós versículos

Las fiestas de primavera en Levítico veintitrés están representadas en los primeros veintidós versículos del capítulo, y las fiestas de otoño están representadas en los últimos veintidós versículos del capítulo. El último versículo es el versículo cuarenta y cuatro, símbolo de 1844, cuando comenzó el Día de la Expiación antitípico el día décimo del séptimo mes, en cumplimiento de Levítico veintitrés. El capítulo veintitrés está dividido en dos períodos de veintidós versículos; ambos períodos de veintidós versículos están lógicamente conectados por tratarse de fiestas, pero también están lógicamente separados por el ministerio de Cristo en el atrio y en el Lugar Santo, representado por la primavera, y Su ministerio en el Lugar Santísimo, representado por el otoño.

22

Tanto las fiestas de primavera como las de otoño están representadas por veintidós versículos, y los versículos se alinean con el testimonio del alfabeto hebreo, que consta de "22" letras. El "22" es un diezmo de "220", que es un símbolo de la combinación de la Divinidad y la humanidad. El "220" representa el inicio tanto de los 2.520 años de la dispersión de Judá como de los 2.300 años hasta el Día de la Expiación. El punto de partida de los 2.520 fue 677 a. C., y el punto de partida de los 2.300 fue 457 a. C., identificando así doscientos veinte años como el vínculo entre la profecía del hollamiento del ejército de Dios y la profecía del hollamiento del santuario de Dios. Ambas profecías concluyeron con la llegada del Día de la Expiación antitípico el 22 de octubre de 1844.

En esa fecha comenzó la obra de Cristo de combinar el templo humano con el templo Divino, y en ese momento se cumplieron tanto Habacuc 2:20 como Juan 2:20. Habacuc señaló que lo Divino se hallaba entonces en el Lugar Santísimo, y Juan registró que el templo millerita que había de entrar por la fe en ese Lugar Santísimo había completado el período de cuarenta y seis años, que marcó la edificación del templo humano millerita desde 1798 hasta 1844. La historia de "46" años, compuesta de "23" y "23", está representada por la obra de William Miller, quien por primera vez comenzó a presentar el mensaje de esa historia en 1831, "220" años después de la publicación de la Biblia King James. La Palabra Divina publicada en 1611 se combinó con un mensajero humano "220" años después, en 1831. Tanto las fiestas de primavera como las de otoño están representadas por "22" versículos.

Veintidós versículos en dos líneas sobre el mismo tema exigen, proféticamente, que los primeros veintidós versículos sean superpuestos a los siguientes veintidós versículos. Al alinear de este modo las dos líneas, se une la obra del atrio y del Lugar Santo, representada en las fiestas de primavera, con la obra de Cristo en el Lugar Santísimo. En este nivel profético, ello representa la

unión de dos templos, lo cual ilustra la obra de la reconciliación de Cristo.

Cuando se ponen en paralelo los versículos del uno al veintidós con los del veintitrés al cuarenta y cuatro, se establece una línea profética atestiguada por las veintidós letras del alfabeto hebreo, por el simbolismo representado por el número "22" y también por el simbolismo representado por las fiestas, junto con el cumplimiento de esas fiestas en la historia sagrada.

El comienzo de las fiestas de primavera identifica en primer lugar el reposo sabático del séptimo día, y la culminación de las fiestas de otoño identifica el reposo sabático del séptimo año. Cristo, como Alfa y Omega, colocó el reposo sabático al principio y al fin de los dos testigos de "22" en la línea del sacerdocio de los ciento cuarenta y cuatro mil.

El sábado del séptimo día fue la luz especial al comienzo del Día antitípico de la Expiación en 1844, y la luz del sábado del séptimo año es la luz al final. El sábado del séptimo día fue también la primera santa convocación de Levítico "23", como lo es el sábado del séptimo año la última santa convocación del capítulo. El sábado es el alfa y la omega de la línea sacerdotal en el capítulo "23". El primero, el sábado del séptimo día, es el alfa del sacerdocio de los ciento cuarenta y cuatro mil, y el último, el sábado del séptimo año, es la omega del sacerdocio de los ciento cuarenta y cuatro mil.

Los que tienen comunión con Dios andan en la luz del Sol de Justicia. No deshonran a su Redentor pervirtiendo su conducta delante de Dios. La luz celestial brilla sobre ellos. A medida que se acercan al fin de la historia de esta tierra, su conocimiento de Cristo, y de las profecías que se refieren a Él, aumenta grandemente. Son de valor infinito ante los ojos de Dios; pues están en unidad con su Hijo. Para ellos, la Palabra de Dios es de belleza y hermosura insuperables. Ven su importancia. La verdad se les abre. La doctrina de la encarnación está investida de un suave resplandor. Ven que la Escritura es la llave que abre todos los misterios y resuelve todas las dificultades. Los que no han estado dispuestos a recibir la luz y andar en la luz no podrán comprender el misterio de la piedad, pero los que no han vacilado en tomar la cruz y seguir a Jesús verán luz en la luz de Dios. *The Southern Watchman*, 4 de abril de 1905.

Aquí, "cerca del cierre de la historia de esta tierra", al término del Día antitípico de la Expiación, la "doctrina de la encarnación" se reviste de un resplandor "suave", como lo estuvo la doctrina del sábado del séptimo día al comienzo del Día antitípico de la Expiación.

"Jesús alzó la cubierta del arca, y contemplé las tablas de piedra en las que estaban escritos los Diez Mandamientos. Me asombré al ver el cuarto mandamiento en el mismo centro de los diez preceptos, con un suave halo de luz que lo circundaba. Dijo el ángel: 'Es el único de los diez que define al Dios vivo que creó los cielos y la tierra y todas las cosas que en ellos hay. Cuando fueron echados los cimientos de la tierra, entonces fue puesto también el fundamento del sábado.'" *Testimonios*, volumen 1, 75.

El sábado del séptimo día, que es un "fundamento", abre Levítico "23", y el sábado del séptimo año pone fin al testimonio de los sacerdotes, tal como lo representan las fiestas de primavera y de otoño. El sábado del séptimo año representa el templo que se edifica sobre el fundamento. El sábado del séptimo año al final está representado por los 2,520, así como el sábado del séptimo día

está representado por los 2,300. El sábado del séptimo año representa la "doctrina de la encarnación". El sábado del séptimo día es la señal del Creador, y el sábado del séptimo año es la señal de la Divinidad unida a la humanidad.

Alineación de las líneas

Cuando alineamos las fiestas de primavera con las de otoño en Levítico veintitrés, la fiesta de la Pascua es seguida, al día siguiente, por la fiesta de los Panes sin Levadura, de siete días, y la fiesta de las Primicias sigue al día siguiente de que comience la fiesta de los Panes sin Levadura, de siete días. Tres hitos en tres días.

El período de siete días que constituye la fiesta de los panes sin levadura comienza con una santa convocación y concluye también con una santa convocación. El día después de que comienza la fiesta de los panes sin levadura, llega la fiesta de las primicias, la cual incluye la ofrenda de las primicias de la cebada de primavera. Pentecostés, también llamada la fiesta de las semanas, tiene lugar cincuenta días después de la fiesta de las primicias, que marca el comienzo de un período de siete semanas que concluye en el cuadragésimo noveno día, al que sigue Pentecostés, que significa "cincuenta".

La Pascua comienza al atardecer del día catorce. La Pascua no es una santa convocación.

Entonces, el día quince, llega la fiesta de los panes sin levadura de siete días. El primer y el último día de la fiesta de siete días son santas convocaciones.

Al día siguiente, el día dieciséis, tiene lugar el día de las Primicias. A continuación comienzan las siete semanas que están marcadas por la fiesta de Pentecostés, y Pentecostés es una de las siete santas convocaciones incluidas en las fiestas de primavera y de otoño. El día de las Primicias no es una santa convocación.

Entonces, en el primer día del séptimo mes, la fiesta de las trompetas es una santa convocación.

El Día de la Expiación, el décimo día del séptimo mes, es una santa convocación, pero no una fiesta.

El primer día de la Fiesta de los Tabernáculos es una santa convocación. Tras la fiesta de siete días, hay un octavo día de la Fiesta de los Tabernáculos, aunque se considera que el octavo día está fuera de los períodos representados por las fiestas. Ese octavo día es una santa convocación.

Esto da un total de siete santas convocaciones cuando se incluye el sábado del séptimo día que da inicio a las fiestas. Hay siete santas convocaciones y siete fiestas, aunque las fiestas se alinean de modo distinto que las santas convocaciones. El primer y el último hito son sábados: primero para el día, luego para el año. Dentro de las fiestas que se ubican entre los sábados alfa y omega hay siete fiestas y cinco santas convocaciones. Si se incluye el sábado alfa del séptimo día y el sábado omega del séptimo año, se tienen siete santas convocaciones y siete fiestas. Se entiende que el octavo día de Tabernáculos no forma parte de las fiestas y crea el enigma de que el octavo sea de los siete. El punto que señalo aquí es que Jesús, como Palmoni, organizó las variaciones numéricas

dentro del capítulo "23" de un modo absolutamente asombroso.

Primavera

Las fiestas de primavera comprenden un período festivo de siete días de Panes sin Levadura, con una santa convocación alfa al comienzo y una santa convocación omega al final. Pentecostés es la tercera santa convocación en las fiestas de primavera. Pentecostés llega tras un período de siete semanas, que culmina con una fiesta en el quincuagésimo día. Las fiestas de primavera se caracterizan por cuatro días de fiesta y tres períodos. Pascua, Panes sin Levadura, Primicias y Pentecostés son los cuatro días de fiesta, y los tres períodos son los siete días de Panes sin Levadura, los cuarenta y nueve días que preceden e incluyen el quincuagésimo día de Pentecostés, y los tres primeros días, que constituyen un período compuesto de tres etapas.

La ofrenda de primicias del período pascual guarda correspondencia con la ofrenda de primicias del día de Pentecostés; las ofrendas de primicias de cebada durante el período de tres días de la Pascua y la ofrenda de primicias de trigo en Pentecostés, al concluir el período pentecostal de cuarenta y nueve/cincuenta días.

La Caída

Las fiestas de otoño comienzan con un día de fiesta específico que inicia un período de diez días que conduce al juicio. Cinco días después del juicio, tiene lugar una fiesta de siete días, de los cuales el primero y el último se designan como santas convocaciones. Del día quince al veintidós se celebra la fiesta de los Tabernáculos y luego, en el día veintitrés, se señala el Sábado de la tierra.

Cuando tomamos las fiestas de otoño y las superponemos a las fiestas de primavera, tenemos dos líneas, ambas representadas por veintidós versículos; así, quedan representadas por las veintidós letras del alfabeto hebreo. Al hacer esto, el primer hito es la santa convocación del sábado del séptimo día, y el último hito es la santa convocación del sábado del séptimo año.

Asimismo, a los quince días del mes séptimo, cuando hayáis recogido el fruto de la tierra, celebraréis fiesta al Señor durante siete días: el primer día será día de reposo, y el octavo día será día de reposo. Levítico 23:39.

Pentecostés fue la lluvia temprana y Tabernáculos es la lluvia tardía. El derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés fue representado por un día, y el derramamiento representado por Tabernáculos es un período que concluye y luego es seguido por un sábado, esto es, el octavo día, tras siete días. El sábado que sigue a la manifestación final del derramamiento del Espíritu Santo representa el reposo sabático de la tierra durante mil años.

En el tiempo de angustia todos huimos de las ciudades y aldeas, pero fuimos perseguidos por los impíos, que entraron en las casas de los santos con espada. Alzaron la espada para matarnos, pero se quebró y cayó tan impotente como una brizna de paja. Entonces clamamos todos día y noche por liberación, y el clamor subió delante de Dios. El sol se alzó, y la luna se detuvo. Los arroyos dejaron de fluir. Nubes oscuras y pesadas se alzaron y chocaron entre sí. Pero había un solo lugar despejado, de gloria establecida, de donde venía la voz de Dios como

muchas aguas, que sacudía los cielos y la tierra. El cielo se abría y se cerraba y estaba en conmoción. Las montañas temblaron como un junco al viento y arrojaron rocas dentadas en derredor. El mar hervía como una olla y arrojaba piedras sobre la tierra. Y al declarar Dios el día y la hora de la venida de Jesús y al entregar el pacto eterno a Su pueblo, pronunciaba una frase y luego hacía una pausa, mientras las palabras rodaban por toda la tierra. El Israel de Dios estaba de pie, con los ojos fijos hacia lo alto, escuchando las palabras a medida que salían de la boca de Jehová y rodaban por la tierra como estampidos del trueno más potente. Era terriblemente solemne. Y al final de cada frase los santos exclamaban: “¡Gloria! ¡Aleluya!” Sus semblantes se iluminaron con la gloria de Dios; y resplandecían con la gloria, como el rostro de Moisés cuando descendió del Sinaí. Los impíos no podían mirarlos a causa de la gloria. Y cuando se pronunció la bendición interminable sobre los que habían honrado a Dios guardando Su santo sábado, se oyó un potente clamor de victoria sobre la bestia y sobre su imagen.

"Entonces comenzó el jubileo, cuando la tierra había de descansar." Primeros Escritos, 34.

El jubileo es el año quincuagésimo, después de siete ciclos de siete años, lo cual corresponde a los cuarenta y nueve días que conducen al quincuagésimo día de Pentecostés. Cuando se hace confluír la línea de las fiestas otoñales con la de las primaverales, hay cuarenta y nueve días que conducen a Pentecostés, lo cual señala el comienzo del período de siete días de la fiesta de los Tabernáculos. Pentecostés y Tabernáculos se alinean, y juntos identifican el período de la lluvia tardía que comienza con la inminente ley dominical y continúa hasta que se cierre el tiempo de gracia, el Señor regrese y entonces la tierra descance, según lo representa el reposo sabático del séptimo año, que es el octavo de los siete en la fiesta de los Tabernáculos.

Cuando reunimos ambas líneas de veintidós versículos, lo hacemos por diversas razones. Ambas líneas son de veintidós versículos, siendo veintidós un diezmo de 220, símbolo de la combinación de la Divinidad y la humanidad.

Ambas líneas representan el alfabeto hebreo de veintidós letras.

Ambas líneas representan las festividades.

Ambas líneas representan los dos tiempos de la siega del año.

Ambas líneas representan la obra de Cristo en el atrio, el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. Levítico significa «los sacerdotes», y Jesús es el Sumo Sacerdote celestial. Por estas razones, estamos justificados en aplicar la metodología de «línea sobre línea» a los cuarenta y cuatro versículos de Levítico veintitrés.

Pentecostés fue la lluvia temprana para el cristianismo, y la Fiesta de los Tabernáculos es la lluvia tardía para el cristianismo. Por tanto, alineamos el “día de Pentecostés” primaveral con los siete días otoñales de la Fiesta de los Tabernáculos. Cuando la hermana White declaró: “En el tiempo de angustia todos huimos de las ciudades y los pueblos”, está identificando el tiempo en que el pueblo de Dios vive en el desierto a causa de la persecución. Habitar en enramadas durante la temporada de la Fiesta de los Tabernáculos tipifica la historia que conduce directamente al reposo sabático del

jubileo para la tierra.

El Día de Pentecostés marca el comienzo de los siete días de la Fiesta de los Tabernáculos. Luego, el jubileo está representado por el octavo día, es decir, el de la Fiesta de los Tabernáculos. Cinco días antes de la Fiesta de los Tabernáculos fue el Día de la Expiación. Así, cinco días antes de Pentecostés, que marca el comienzo de los Tabernáculos, se marca el juicio. Diez días antes del juicio del Día de la Expiación es la Fiesta de las Trompetas. Cuando se combinan las líneas, cinco días antes de la ley dominical, representada por Pentecostés, se marca el juicio. Diez días antes de eso, se marca la Fiesta de las Trompetas.

El bautismo de Cristo representó Su muerte, sepultura y resurrección. Esos tres pasos están representados por Su muerte en la Pascua, Su sepultura y reposo en el sábado, y Su resurrección el domingo. Los tres días de Su muerte, sepultura y resurrección constituyen un hito que consta de tres pasos. Por lo tanto, comenzamos la combinación de las dos líneas de las fiestas de primavera y de otoño en la resurrección. La resurrección al tercer día da inicio a un período de cuarenta y nueve días que conduce a Pentecostés, que es la ley dominical. Ese período de cuarenta y nueve días está precedido por la fiesta de los panes sin levadura, que comienza un día antes y se extiende cinco días más allá del día de las primicias.

Desde la resurrección de las primicias hasta la ley dominical median cuarenta y nueve días, siendo la ley dominical el quincuagésimo día. Cinco días antes de la ley dominical se representa el juicio, y diez días antes de ese juicio se señala la advertencia de las trompetas. La resurrección es el primer hito; luego, cinco días después, concluye el período de los Panes sin Levadura. Treinta días después de que concluye el período de los Panes sin Levadura, tiene lugar la advertencia de las trompetas. Diez días después se marca el juicio del Día de la Expiación, y cinco días más tarde llega la ley dominical de Pentecostés.

Esto identifica siete hitos en la aplicación línea sobre línea de las fiestas de primavera y de otoño: el comienzo de los panes sin levadura, la resurrección, el fin de los panes sin levadura, la advertencia de trompetas, el juicio, Pentecostés y la lluvia tardía. Esos siete hitos están establecidos dentro de un sábado del séptimo día alfa y un sábado del séptimo año omega. Los siete hitos, situados entre ambos sábados, aíslan e identifican un período de cinco días, seguido de uno de treinta días, uno de diez días, uno de cinco días y uno de siete días.

Al alinear entonces la resurrección de Cristo, encontramos un período de cuarenta días en el que Él instruyó a los discípulos "cara a cara" y posteriormente ascendió. Luego, durante diez días, los discípulos estuvieron en el aposento alto. Esos diez días culminaron en el Día de Pentecostés, que es la ley dominical. Esto añade un período de cuarenta días y otro de diez días a la línea de los sacerdotes representada por Levítico "23".

Desde la resurrección hay cinco días hasta el fin de los panes sin levadura, luego hay treinta días hasta la advertencia de trompeta, luego hay cinco días hasta la ascensión de Cristo, luego hay cinco días hasta el juicio, luego hay cinco días hasta los siete días de la lluvia tardía de Pentecostés.

El inicio de los siete días de los panes sin levadura va seguido, al día siguiente, de la resurrección de las primicias. La resurrección tiene lugar dentro de los siete días de los panes sin levadura, y cinco días después de la resurrección concluye el período de los panes sin levadura.

Treinta días después de la conclusión de los Ázimos, las trompetas dan la señal de advertencia.

Cinco días después de la advertencia de las trompetas, Cristo ascendió tras enseñar durante cuarenta días. Su ascensión marcó el inicio de diez días en el aposento alto.

Entonces, cinco días después de su Ascensión, el juicio queda señalado.

Cinco días después, la ley dominical de Pentecostés abre el período de siete días de la lluvia tardía.

Los ciento cuarenta y cuatro mil son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Elías y Moisés fueron muertos el 18 de julio de 2020. Fueron muertos donde asimismo fue crucificado nuestro Señor. La resurrección de Cristo tipificó la resurrección del 31 de diciembre de 2023. Antes de esa fecha, en julio de 2023, una voz en el desierto comenzó a proclamar un mensaje representado como pan sin levadura. La levadura representa el error, la hipocresía y el pecado, y el mensaje desde el desierto era sin levadura. Desde el 31 de diciembre de 2023 hasta la ley dominical, Levítico "23" ha delineado un marco de la expiación de los ciento cuarenta y cuatro mil. Ese marco se alinea con el sueño de Miller, con Malaquías tres y con las ventanas del cielo de Apocalipsis diecinueve. Se alinea con la tercera y la novena hora en la semana sagrada que va del 27 al 34 d. C.

Continuaremos con estos temas en el próximo artículo.

'Por el conocimiento se llenarán los aposentos de todas las riquezas preciosas y agradables.'

Para la mente y el alma, así como para el cuerpo, es ley de Dios que la fuerza se adquiera mediante el esfuerzo. Es el ejercicio lo que desarrolla. En armonía con esta ley, Dios ha provisto en su palabra los medios para el desarrollo mental y espiritual.

La Biblia contiene todos los principios que los hombres necesitan comprender para estar preparados tanto para esta vida como para la venidera. Y estos principios pueden ser comprendidos por todos. Nadie con disposición para apreciar su enseñanza puede leer un solo pasaje de la Biblia sin obtener de él algún pensamiento provechoso. Pero la enseñanza más valiosa de la Biblia no se obtiene mediante un estudio ocasional o fragmentario. Su gran sistema de verdad no está presentado de tal manera que pueda ser discernido por el lector apresurado o descuidado. Muchos de sus tesoros yacen muy por debajo de la superficie, y solo pueden obtenerse mediante una investigación diligente y un esfuerzo continuo. Las verdades que conforman el gran conjunto deben ser buscadas y recogidas, 'aquí un poco y allí un poco'. Isaías 28:10.

Cuando se buscan y se reúnen de este modo, se verá que encajan perfectamente entre sí. Cada Evangelio es un complemento de los demás, cada profecía una explicación de otra, cada verdad un desarrollo de alguna otra verdad. Los tipos de la economía judía quedan puestos de manifiesto por el evangelio. Todo principio en la palabra de Dios tiene su lugar, y todo hecho

su alcance. Y la estructura completa, en su diseño y ejecución, da testimonio de su Autor. Tal estructura ninguna mente sino la del Infinito podría concebir o darle forma.

Al investigar las diversas partes y estudiar su relación, las facultades más elevadas de la mente humana se ponen en intensa actividad. Nadie puede dedicarse a tal estudio sin desarrollar la capacidad mental.

Y el valor mental del estudio de la Biblia no consiste únicamente en indagar la verdad y reunirlos. Consiste también en el esfuerzo necesario para captar los temas presentados. La mente ocupada sólo en asuntos triviales se empequeñece y se debilita. Si nunca se le exige comprender verdades grandes y de largo alcance, con el tiempo pierde la capacidad de crecer. Como salvaguarda contra esta degeneración, y como estímulo para el desarrollo, nada puede igualar el estudio de la palabra de Dios. Como medio de formación intelectual, la Biblia es más eficaz que cualquier otro libro, o que todos los demás libros juntos. La grandeza de sus temas, la digna sencillez de sus expresiones, la belleza de su imaginación, vivifican y elevan los pensamientos como nada más puede hacerlo. Ningún otro estudio puede otorgar tal poder mental como el esfuerzo por captar las grandiosas verdades de la revelación. La mente así puesta en contacto con los pensamientos del Infinito no puede sino expandirse y fortalecerse.

Y aún mayor es el poder de la Biblia en el desarrollo de la naturaleza espiritual. El hombre, creado para la comunión con Dios, sólo en tal comunión puede encontrar su verdadera vida y desarrollo. Creado para hallar en Dios su gozo supremo, no puede hallar en nada más aquello que aquiete los anhelos del corazón, que satisfaga el hambre y la sed del alma. Quien, con espíritu sincero y dócil, estudia la palabra de Dios buscando comprender sus verdades, será puesto en contacto con su Autor; y, salvo por su propia elección, no hay límite para las posibilidades de su desarrollo.

En su vasta variedad de estilos y temas, la Biblia tiene algo que interesa a toda mente y apela a todo corazón. En sus páginas se hallan la historia más antigua; la biografía más fiel a la vida; principios de gobierno para el control del Estado, para la regulación del hogar—principios que la sabiduría humana jamás ha igualado. Contiene la filosofía más profunda, la poesía más dulce y la más sublime, la más apasionada y la más conmovedora. Inmensurablemente superiores en valor a las obras de cualquier autor humano son los escritos bíblicos, aun considerados así; pero de alcance infinitamente más amplio, de valor infinitamente mayor, lo son cuando se los contempla en su relación con el gran pensamiento central. A la luz de este pensamiento, cada tema adquiere un nuevo significado. En las verdades expresadas con la mayor sencillez se hallan implicados principios tan altos como el cielo y que abarcan la eternidad.

El tema central de la Biblia, el tema en torno al cual se agrupan todos los demás temas del libro entero, es el plan de redención, la restauración en el alma humana de la imagen de Dios. Desde el primer atisbo de esperanza en la sentencia pronunciada en Edén hasta aquella última y gloriosa promesa del Apocalipsis: «Verán su rostro; y su nombre estará en sus frentes» (Apocalipsis 22:4), el tema dominante de cada libro y de cada pasaje de la Biblia es el desarrollo de este maravilloso tema: la elevación del hombre; el poder de Dios, «que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 15:57).

Quien aprehende este pensamiento tiene ante sí un campo infinito para el estudio. Posee la llave que le abrirá toda la casa del tesoro de la Palabra de Dios.

La ciencia de la redención es la ciencia de las ciencias; la ciencia que es el estudio de los ángeles y de todas las inteligencias de los mundos no caídos; la ciencia que ocupa la atención de nuestro Señor y Salvador; la ciencia que entra en el propósito acariciado en la mente del Infinito—"guardado en silencio por tiempos eternos" (Romanos 16:25, R.V.); la ciencia que será el estudio de los redimidos de Dios por las edades sin fin. Este es el estudio más elevado en que puede ocuparse el hombre. Como ningún otro estudio puede hacerlo, avivará la mente y elevará el alma.

'La excelencia del conocimiento es que la sabiduría otorga vida a quienes la poseen.' 'Las palabras que os digo', dijo Jesús, 'son espíritu y son vida.' 'Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Aquel a quien Tú enviaste.' Eclesiastés 7:12; Juan 6:63; 17:3, R.V.

La energía creadora que llamó a los mundos a la existencia está en la palabra de Dios. Esta palabra imparte poder; engendra vida. Cada mandato es una promesa; aceptado por la voluntad, recibido en el alma, trae consigo la vida del Infinito. Transforma la naturaleza y recrea el alma a imagen de Dios.

La vida así impartida es sustentada de igual manera. 'Por toda palabra que procede de la boca de Dios' (Mateo 4:4) vivirá el hombre.

La mente, el alma, se edifica con aquello de lo que se alimenta; y de nosotros depende determinar de qué habrá de alimentarse. Está en poder de cada uno elegir los temas que ocuparán los pensamientos y darán forma al carácter. De todo ser humano a quien se le ha concedido el privilegio de acceder a las Escrituras, Dios dice: «Le he escrito las grandes cosas de mi ley». «Clama a mí, y yo te responderé, y te mostraré cosas grandes y poderosas que tú no conoces». Oseas 8:12; Jeremías 33:3.

Con la Palabra de Dios en sus manos, todo ser humano, cualquiera que sea la suerte que le haya tocado en la vida, puede tener la compañía que escoja. En sus páginas puede conversar con los más nobles y los mejores de la humanidad, y puede escuchar la voz del Eterno cuando Él habla con los hombres. Al estudiar y meditar en los temas en los cuales "los ángeles anhelan mirar" (1 Pedro 1:12), puede gozar de la compañía de ellos. Puede seguir las huellas del Maestro celestial, y escuchar Sus palabras como cuando enseñaba en el monte, en la llanura y junto al mar. Puede morar en este mundo en la atmósfera del Cielo, impartiendo a los dolientes y a los tentados de la tierra pensamientos de esperanza y anhelos de santidad; él mismo acercándose cada vez más a la comunión con el Invisible; como aquel de antaño que caminó con Dios, aproximándose más y más al umbral del mundo eterno, hasta que se abran los portales, y él entre allí. No se hallará un extraño. Las voces que lo saludarán son las voces de los seres santos, que, invisibles, fueron en la tierra sus compañeros—voces que aquí aprendió a distinguir y a amar. Quien, por medio de la Palabra de Dios, ha vivido en comunión con el Cielo, se hallará como en su hogar en la compañía del Cielo. Educación, 123-127.